

Variaciones para un saxo

1

Hay una planta a la que llaman “begonia de verano”, que cumple su ciclo vital durante esa estación del año. A decir verdad, es fiel a su cita con el calor hasta un punto raramente notable. Sólo entonces se la ve nacer, desarrollarse, morir; y aun esto último de un modo peculiar, pues se consume y se reseca hasta no dejar rastro alguno de su abundante y efímera existencia. Ello no impide, sin embargo, que al verano siguiente vuelva a brotar, como por encanto, y a desplegar sus grandes hojas en forma de pulmón, que muestran por el envés un profuso relieve de arterias sanguinolentas; luego vienen unas florecillas color grana, que más parecen segregadas del extraño humor que la transita. Dicen de esta planta, sin duda alguna extraviada en su aclimatación desde otras latitudes, que trae mala suerte. Tal vez sea por esa insoportable mezcla de lo vegetal con lo animal.

En el reino de las cosas inertes hallamos la extensa red de los ferrocarriles. También ella simula, con su trama de hierros fríos y húmedos de escarcha, aquella otra que conduce a un núcleo llamado corazón. A veces ese corazón se llama Madrid, ciudad burocrática. A veces es una escarcha baladí llamada lágrimas la que recubre de impalpable helor las venas entrañables de nuestra bóveda pectoral, donde se enredan los jardines de antaño con begonias de sangre que mi proyecto de suegro, el forzudo, detestaba.

También me detestaba a mí y nunca supe por qué. La pobre Charo, su hija, y mi primer amor, se columpiaba aquel día al fondo de su jardín, sin duda para acompasar la zozobra que la invadía, mientras su padre arrancaba las malditas begonias al par que discutía conmigo, ya en la verja. Y lloraba, la pobre Charo, viéndome partir resolutoriamente en el primer tren largo de mi corta vida. Adiós, adiós, vida mía, siempre te amaré, te amaré siempre. Nos casaremos con el primer sueldo que me den en el Ministerio donde mi tío el importante ha conseguido un agujero para mí y encuentre yo otro en alguna pensión baratísima.

Falso. Tan sólo nos unía, que yo recuerde, el desamor a la estrella de ocho puntas en la bocamanga recamada de oro, más la afición a ciertos placeres primerizos de índole sexo-poética.

-Señor comandante, usted pertenece al cuerpo jurídico, y por tanto ni siquiera es militar, lo que se dice militar.

Anocheía cuando me perdí por el camino de grava cenicienta, acuciado por los presentimientos de un otoño infinito. Pero de esto hace ya mucho, mucho tiempo.